

Septiembre 21

“Sabido que la tribulación produce paciencia.”

Ro. 5: 3.

Esta es una promesa en su esencia aunque no lo sea en su forma. Tenemos necesidad de paciencia, y aquí vemos la forma de obtenerla. Es sólo mediante la práctica que aprendemos a tener paciencia, de la misma manera que nadando los hombres aprenden a nadar. No podrían aprender ese arte en tierra firme, ni podríamos aprender paciencia sin tribulación. ¿Acaso no vale la pena sufrir tribulación con el objeto de alcanzar esa hermosa ecuanimidad de mente que quietamente se somete en todo a la voluntad de Dios? Sin embargo nuestro texto expresa un hecho singular, que no es de conformidad a la naturaleza, sino que es sobrenatural. La tribulación en sí y por sí obra petulancia, incredulidad y rebelión. Es únicamente por la sagrada alquimia de la gracia que es llevada a obrar paciencia en nosotros. No trillamos el grano para aplacar el polvo: sin embargo, el flagelo de la tribulación hace esto sobre la era de Dios. No sacudimos a un hombre para darle descanso, y sin embargo, así trata el Señor a Sus hijos. Ciertamente esto no corresponde a la manera humana de hacer las cosas, sino que redundando grandemente para gloria de nuestro infinitamente sabio Dios. ¡Oh que la gracia me conceda que mis tribulaciones me bendigan! ¿Por qué habría de querer detener su agraciada influencia? Señor, yo te pido que quites mi aflicción, pero te suplico diez veces más que quites mi impaciencia. Precioso Señor Jesús, con Tu cruz graba la imagen de Tu paciencia en mi corazón.

Charles H. Spurgeon.

Septiembre 22

“Porque ciertamente allí será Jehová para con nosotros fuerte, lugar de ríos, de arroyos muy anchos, por el cual no andará galera de remos, ni por él pasará gran nave.”

Is. 33: 21.

El Señor será para nosotros el bien supremo, sin ninguna de las desventajas que necesariamente parecen acompañar a las mejores cosas terrenales. Si una ciudad es favorecida con anchos ríos, tiene la propensión a ser atacada por galeras de remos y otros barcos de guerra. Pero cuando el Señor representa la abundancia de Su munificencia bajo esta figura, se cuida expresamente de excluir el miedo que esta metáfora podría sugerir.

¡Bendito sea Su perfecto amor! Señor, si Tú me enviaras riquezas como anchos ríos, no permitas que venga la galera de remos en la forma de mundanalidad u orgullo. Si me concedieras abundante salud y un estado de ánimo feliz, no permitas que “la gran nave” del ocio carnal venga navegando sobre las abundantes aguas. Si tengo éxito en el santo servicio, extenso como el Rin alemán, no permitas que me enfrente nunca a la galera de la arrogancia y de la confianza en mí mismo surcando sobre las olas de mi utilidad. Si yo fuera tan supremamente feliz como para gozar de la luz de Tu rostro año tras año, no permitas que desprecie nunca a Tus santos débiles, ni dé cabida a la vana noción de mi propia perfección para que navegue por los anchos ríos de mi plena seguridad. Señor, dame esa bendición que enriquece, y que no agrega tristeza ni favorece al pecado.

Charles H. Spurgeon.

Septiembre 23

“Porque he aquí yo mandaré y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones, como se zarandea el grano en una criba y no cae un granito en la tierra.”

Am. 9: 9.

El proceso de zarandeo prosigue todavía. Doquiera que vayamos, estamos todavía siendo aventados y zarandeados. En todos los países el pueblo de Dios está siendo probado “como se zarandea el grano en una criba.” Algunas veces el demonio sostiene la criba, y zarandea hacia arriba y hacia abajo a gran velocidad, con el ardiente deseo de deshacerse de nosotros para siempre. La incredulidad no se demora en agitar nuestro corazón y mente con sus temores inquietantes. El mundo tiende una mano dispuesta al mismo proceso, y nos sacude a derecha e izquierda con gran vigor. Y lo peor de todo es que la iglesia, apóstata en su mayoría, viene para aplicar una fuerza más furiosa al proceso de zarandeo.

¡Bien, bien!, que continúe. De esta forma es separada la paja del trigo. Así es libre el trigo de polvo y paja. Y ¡cuán grande es la misericordia que nos llega en el texto: “y no cae un granito en la tierra.”! Todo lo que es bueno, verdadero y precioso, será preservado. Ni uno solo de los más pequeños creyentes se perderá, ni ningún creyente perderá algo que pueda llamarse una pérdida. Seremos tan protegidos durante el zarandeo que se convertirá en una ganancia real para nosotros por medio de Cristo Jesús.

Charles H. Spurgeon.

Septiembre 24

“Y toda alma viviente que nadare por dondequiera entraren estos dos ríos, vivirá.”

Ez. 47: 9.

Las aguas vivas, en la visión del profeta, fluían al Mar Muerto, y eran portadoras de vida, incluso para ese lago estancado. Allí donde llega la gracia, la vida espiritual es la consecuencia inmediata y eterna. La gracia procede soberanamente de conformidad a la voluntad de Dios, tal como el río en todos sus serpenteos sigue su propia y dulce voluntad; y a todas partes donde llega, no espera que la vida venga a él, sino que produce vida mediante su propio flujo vivificador. ¡Oh, que se derramara a lo largo de nuestras calles, e inundara nuestros barrios bajos! ¡Oh, que viniera ahora a mi casa, y se elevara de tal forma que cada habitación tuviera que nadar en él! Señor, concédeme que el agua viva fluya a mi familia y a mis amigos, y que no *me* pase por alto. Espero haber bebido ya de sus aguas; pero deseo bañarme en él, sí, nadar en él. Oh mi Salvador, necesito vida más abundantemente. Ven a mí, te lo ruego, hasta que cada parte de mi naturaleza esté vívidamente energizada e intensamente activa. Dios vivo, te lo ruego, lléname de Tu propia vida.

Yo soy un pobre palo seco; ven y hazme vivir de tal manera que, como la vara de Aarón, pueda reverdecer y florecer y producir fruto para Tu gloria. Vivifícame, por nuestro Señor Jesús. Amén.

Charles H. Spurgeon.

Septiembre 25

“Si Jehová nos quisiera matar, no aceptaría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto.”

Jue. 13: 23.

Este es un tipo de promesa deducida por lógica. Es una inferencia extraída válidamente de hechos comprobables. No era probable que el Señor hubiera revelado a Manoa y a su mujer que les nacería un hijo, y sin embargo, que tuviera en Su corazón el propósito de destruirlos. La mujer razonó bien, y haríamos bien si siguiéramos su línea de argumentación.

El Padre ha aceptado el grandioso sacrificio del Calvario, y ha declarado que está muy complacido con él; ¿cómo podría tener ahora la intención de matarnos? ¿Por qué existiría la necesidad de un Sustituto si el pecador debe morir? El sacrificio aceptado de Jesús pone un fin al temor.

El Señor nos ha mostrado nuestra elección, nuestra adopción, nuestra unión con Cristo, nuestras bodas con el Amado: ¿cómo podría destruirnos ahora? Las promesas están cargadas de bendiciones que exigen que seamos preservados para vida eterna. No es posible que el Señor nos deseche, y sin embargo, que cumpla con Su pacto. El pasado nos asegura, y el futuro nos reasegura. No moriremos, sino que viviremos; pues hemos visto a Jesús, y en Él hemos visto al Padre por medio de la iluminación del Espíritu Santo. Por causa de esta mirada que genera vida, hemos de vivir para siempre.

Charles H. Spurgeon.

Septiembre 26

“He aquí un pueblo que habitará confiado, y no será contado entre las naciones.”

Nm. 23: 9.

¿Quién querría habitar entre las naciones, y ser contado entre ellas? Vamos, inclusive la iglesia profesante es de naturaleza tal, que resulta sumamente difícil seguir plenamente al Señor dentro de su seno. Hay tal mezcla e influencia que uno suspira con frecuencia anhelando “una cabaña en algún vasto desierto.”

Es muy cierto que el Señor quiere que Su pueblo siga un camino de separación con relación al mundo, y que salga decidida y claramente de él. Somos apartados por el decreto, la compra, y el llamado divinos, y nuestra experiencia interior nos ha conducido a diferir grandemente de los hombres del mundo; y por eso, nuestro lugar no está en su Feria de las Vanidades, ni en la Ciudad de la Destrucción, sino en el camino angosto por el que todos los verdaderos peregrinos deben seguir a su Señor.

Esto no sólo debe reconciliarnos con los escarnios y los desprecios del mundo, sino conducirnos a aceptarlos con placer, como parte de nuestra porción del pacto. Nuestro nombres no están registrados en el mismo libro, no provenimos de la misma simiente, no estamos ligados al mismo lugar, ni estamos confiando en el mismo guía, por tanto, está bien que no seamos contados con ellos. Basta con que estemos en el número de los redimidos, y estaremos contentos de ser extravagantes y solitarios hasta el fin del capítulo.

Charles H. Spurgeon.

Septiembre 27

“Tú encenderás mi lámpara.”

Sal. 18: 28.

Pudiera ser que mi alma esté retenida en la oscuridad; y si esta oscuridad es de unan naturaleza espiritual, ningún poder humano podría brindarme luz. ¡Bendito sea Dios!, porque Él puede alumbrar mi oscuridad, y encender mi lámpara de inmediato. Aunque esté rodeado de “tinieblas que cualquiera las palpe,” sin embargo, Él puede disipar la lobreguez, y traer de inmediato resplandor a mi alrededor.

La misericordia consiste en que si Él enciende la lámpara, nadie la puede apagar, ni se extinguirá por falta de sustancia, ni se consumirá en el lapso de unas horas. Las lumbreras que el Señor encendió al principio siguen alumbrando todavía. Las lámparas podrían necesitar despabiladeras, pero Él no las apaga.

Que me sea concedido, entonces, como el ruiseñor, cantar en la oscuridad. La expectación me proveerá de música, y la esperanza me dará el tono. Pronto me regocijaré en una lámpara encendida por Dios. Estoy débil y fatigado ahora. Tal vez sea el clima, o la debilidad corporal, o la sorpresa de una súbita prueba; pero independientemente de la causa de la oscuridad, únicamente Dios me proporcionará luz. Mis ojos sólo son para Él. Pronto tendré la lámpara del Señor que alumbrará a mi alrededor; y, más adelante, a su debido tiempo, estaré donde no se necesitan lámparas, ni luz del sol tampoco. ¡Aleluya!

Charles H. Spurgeon.